

No es simpática, ni amorosa. La Claudia es maldita.

Por Toli Hernández

Texto leído en la presentación de la librilla “Cuerpos para Odiar” de Claudia Rodríguez. Enero 23, 2014 Universidad de Humanismo Cristiano.

Claudia Rodríguez es activista travesti que a través de la escritura, la performance, e teatro expone una crítica aguda e inteligente al poder dominante que reprime la expresión libre de los cuerpos travestis negando su acceso y permanencia en el sistema educacional. Desde ese espacio de resistencia devela centros y periferias que constituyen a la educación como una trama “que no fue hecha para saber de todo el mundo”, porque “la visión del mundo es que nosotras no somos mundo, no somos ni cultura, ni parte de una cultura”

Claudia es autora, entre otras, de las librillas de poesía “Dramas Pobres” (2012) y “Cuerpos para Odiar” (2013). Ambos trabajos -producto de la autogestión- a la vez que dan cuenta de algunas realidades travestis, develan la importancia de la lectoescritura y el arte como estrategia política -decimos- de co-transformación.

Mail: claudiaaais2007@gmail.com

Me entrevistaba una persona sobre la escena de diversidad sexual en el país. En medio de la conversación aparece Claudia Rodríguez y con ella las afirmaciones de *¡qué simpática que es!, ¡es súper amorosa!... Oye... ¡y escribe bien, es inteligente... y es travesti...!*

*TRA-VES-TI....*Me quedé en silencio por un rato. La persona aquella esperaba mi opinión sobre lo difícil y duro que llega a ser la vida travesti en Chile, en Latinoamérica ¡y cómo no preguntar si basta pensar que en Argentina, Chile, Perú -a modo de ejemplo- el porcentaje de deserción escolar secundaria de travestis sube del 70%, y de esos más del 40% no finaliza siquiera su educación primaria!. Basta pensar que solo en el 2013 se

reportaron 238 casos de asesinatos en donde el reporte más significativo de muertes proviene desde LAC: noventa y cinco en Brasil, cuarenta en México que se equiparan por población, a modo de ejemplo, a los doce de Honduras. Desde Chile no se reportó la muerte de una travesti peruana en Santiago por inyectarse silicona industrial. ¡Y es que claro! a veces eso no importa tanto como la violencia externa que vivió Martina Infante, Sandy Iturra, Nayaret Muñoz, Camila Huenchuccho-¡y pensar que solo esta ha sido reportada!- en menos de dos años.

Otorgué esta información ¡claro que sí!, pero enfatiqué algo más que datos numéricos. Esto, porque por lo general se transforman en estrategias que abordan las consecuencias de la opresión – ¡enseñemosles oficios de peluqueras, cocineras, como hizo Lavín cuando era alcalde de Santiago en los 2000-! sin tocar –en definitiva- las causas que originan la inscripción de las travestis en un lugar de violento menoscabo social y cultural. Así cambia la forma, pero no el fondo, pues los estatus vigentes quedan intactos.

Me fui a otra parte. Me dirigí a la Claudia, a todos los Cuerpos hechos para Odiar. Me fui pensando en la Diferencia, porque la *gayterosexualidad*, *lesbiterosexualidad*, en fin, cualquier construcción que opere como correlato de la heterosexualidad obligatoria –en donde late el poder de la supremacía masculina blanca- odia aquello que pueda subvertir su orden. Se odia eso que *no es* como nosotros que *no es igual a mí*. Este Nosotros no distingue un Ellas –siguiendo a la Chantall Mouffe (1999)- crea ilusas bases de un consenso sin exclusión. Así se crea un Nosotros –iguales y normales- que omite al Ellas –diferentes- con cuerpos diferentes, con cuerpos para odiar.

La Claudia es inteligente, total acuerdo en ello, con mi interlocutor. Que sea simpática y amorosa prefiero ponerlo en duda. Esto -al menos cuando esos adjetivos se inscriben en discursos como el que describo- porque en esas palabras opera una de las formas en que la diferencia se neutraliza y se vacía de contenido político efectivo. Es esta una estrategia hegemónica que “comparte” un espacio simbólico en donde solo reafirma su racionalidad. Así la diferencia se suaviza, no sabe tan mal y las travestis ¡se ven regias en la tele con familia y todo! como Florencia de la V y –parafraseando a Yuderkis Espinosa- se ven bien en las mesas de la diversidad que arma el feminismo–por lo

general con una lesbiana, una indígena al lado- para hablar de su mundo, pero pocas veces para debatir en torno a los aportes que su pensamiento reporta a la teoría feminista. ¡Eso está resguardado para las expertas!

Cuando hablamos de lo simpática, de lo amorosa, de lo linda, que es una persona, en gran medida lo que se hace es exponer características valoradas por la cultura dominante. Lo vimos a gran escala en la higienización de Daniel Zamudio: un ángel, buen hijo, trabajador, ¡liiindo! Esto también lo podemos observar en escala micro, pues los procesos de neutralización son asolapados. Esto –que reproduce la cultura en sus mismas claves de poder- facilita que una persona que no se comprende como hegemónica, se sienta identificado y haga suya la diferencia, sin percibir, que dichas características son proyección del poder de su propio reflejo. De otra forma dicho: se le otorga reconocimiento y valor a una persona en la medida en que es coherente con la cultura que nos domina.

Así –en esta igualación- se construye una relación sin complejidad que incorpora, integra la diferencia al poder dominante. De esta forma –repito- la diferencia es neutralizada, creando una idea de que su incorporación al modelo es producto de un avance cultural transformador:

¡Y escribe bien! -me decía esa persona... *Es universitaria ¿cierto?* –me preguntó. *¡Cóooooo cambian los tiempos!* –terminó afirmando.

Esta persona ni siquiera imaginó que para esta universitaria -para la Claudia- tomar la micro, llegar el primer día de clases, estudiar en casa de una compañera, realizar la práctica profesional no modifica sustancialmente su inminente peligro de muerte. *¡Estoy en riesgo de muerte!* –me decía Claudia al fragor de unas chelas. *¡Las travestis estamos en riesgo de muerte permanente!*-me explicó. Allí –*lo sabemos ¿cierto?*- la simpatía, que sea amorosa no sirve de nada. Por el contrario –insisto- es producto de la ilusión del logro transformador que para esta persona significa que ¡una! travesti estudie. Así, además, se potencia la idea de que la muerte solo puede afectar a una trabajadora sexual travesti –para qué hablar de las apreciaciones ético políticas patriarcales que configuran a estas sujetas- ¡como si la gente viera a una traba estudiante

caminando de noche y no la asociara al comercio sexual, no discriminara su sexualidad y esto –el ser estudiante, el que “se porte bien”- la eximiera de toda violencia.

El cuerpo de la Claudia es un cuerpo para odiar, es por esto que no deja de sorprenderme la debilitada coalición que existió –al menos hace algunos años- entre ella y sus pares. Allí la igualdad opera en forma inversa, pero con el mismo resultado: la estabilidad de la realidad. La comunidad travesti –diré- es un entramado cultural particular, poseen creencias propias, características que les particularizan. Como en todas las comunidades existe un ideal que en el momento que se concreta universaliza a la sujeta de sus políticas, lo que excluye a toda aquella que sea diferente a ellas. Esta falsa universalización segrega, opaca los alcances del poder hegemónico, pues vincula la subordinación a un solo tipo de violencia: la del género por lo general, la de la ley de identidad de género -central en la lucha travesti- y cooptada por la agenda global de derechos.

Sin decir que esta lucha no sea legítima, o que estoy en contra -¡no es así, disputo sentidos! -apunto a lo que significa la Claudia para esta demanda. La Claudia es la Otra voz, la Otra de las Otras y es que como dice: “*quiere exponer hasta el máximo la posibilidad de Otreidad*” La Claudia en su trabajo no solapa la violencia, esta no se encarna solo en el género, es clase, es raza, es sexualidad. La Claudia nos invita a visitar los cruces para que constatemos que el género no es más importante que la clase de un hombre violento, que la violencia masculina no es solo la del hombre blanco- recordando acá las enseñanzas del feminismo negro- y que los privilegios –comandados por la masculinidad hegemónica- de las mujeres blancas aún cuando sean feministas- ella no se olvida- construyeron la subordinación de las lesbianas, de las travestis, de las indígenas. Mientras el género sea lo central, la periferia seguirá habitada por sujetas producidas por una violencia que no alcanzamos a ver, por una violencia que oculta su sanción a la diferencia.

Ahí –en la diferencia –radica el valor de Claudia. La diferencia - esa diferencia que representa la Claudia- es la posibilidad de escapar de la ilusión de la igualdad, de desencajar los ornamentos que enmascaran la multiplicidad de la violencia. En este punto pienso –y *me perdonan lo reiterativa*- en las individuos de la disidencia trans,

tortillera, marica. En esa fauna contracultural surgen voces que se plantean como iguales a la Claudia. Basta mirar su FB. Sin alentar odiosidad ni desconfigurar la posibilidad coalicionista –que es un deseo, por eso mismo lo hago- enfatizo la alerta también en esta zona, porque en esa igualdad volvemos a neutralizar las diferencias. Si somos iguales ¿para qué conocernos? ¿Cómo cambiar nuestras realidades si valoramos una igualdad que tiende un tupido velo sobre nuestras diferencias? ¿Cómo cambiar al mundo si nosotras no cambiamos? ¿Cómo cambiar nosotras si no es con las Otras de las Otras que son diferentes a mí? –me preguntó.

Hay una lógica excluyente en lo anterior: naturalización se le llama. ¿O es que es lo mismo un marica pobre que una travesti pobre? Una lesbiana santiaguina -que vibra con la acción directa- con una “lesbiana” con ascendencia mapuche en territorio mapuche militarizado? ¿Es lo mismo decir travesti y pensar en la Claudia, en la Doctora –la violenta como cuenta la Claudia en el FB, o en la Tacones Lejanos haciendo un pete/ pete en alguna esquina del centro de Santiago con sus muletas echaditas una a cada lado de sus brazos y mirando de reojo al galán que le tocó...?

¡Y con esto caigo en el cuidado que debemos tener con el lenguaje! Promociono el ejercicio radical de pensar en QUÉ dejamos de lado cuando construimos realidad, mirando para ello, el lugar de dominación, que aún siendo subordinadas ocupamos en las relaciones de poder. Basta pensar en el lugar central del feminismo blanco en donde mujeres blancas -subordinadas por el hombre blanco- ocupan un lugar de dominación respecto del feminismo comunitario o lesbofeminista o en el lugar central de la masculinidad gay subalternizada respecto de las voces travestis y lesbianas, las otras de “la diversidad sexual”.

Pienso y afirmo: *¡Ese es el valor de Claudia Rodríguez, de esta loka travesti!*: En su lenguaje habita la diferencia. Su escritura producto de crudas y cotidianas experiencias moviliza la reflexión permanente sobre el poder hegemónico y sus impactos en el género, en la clase, en la raza socio sexual-utilizando una noción de Ochy Curriel- no solo travesti. La escritura de la Claudia, es horrorosa ¡porque es un horror pa'l pensamiento patriarcal que una travesti escriba y de cuenta de la indisociable relación entre su poder, la violencia y el mundo material! La escritura de la Claudia nos aflige y

nos demanda a dar ese salto al vacío, a perder el miedo, a entramarnos para transformar. Con la Claudia NO SOMOS Iguales. Su trabajo nos exige IMPLICARNOS, solo así podremos transformarnos mutuamente. Implicarnos significa relacionarnos no desde la igualdad, no desde lo que valoramos y que nos asemeja, nos exige lo contrario: relacionarnos desde las diferencias que existen entre nosotras y utilizarlas estratégicamente.

Afirmo que eso –la relación desde las diferencias- ha sido lo mejor que muchas personas han vivido con la Claudia. Mi propia relación, cercana, distante, con tensiones, con amor -para superar aquello que nos hace diferentes- nos ha permitido disputar sentidos y converger. En dicha convergencia nuestras prácticas transgreden las diferencias cuestionando las condiciones que estructuran las violencias que nos afectan. Es ese cuestionamiento que inunda nuestras prácticas -y que nos ha hecho asombrar/ asustar/provocar/encantar a la gente- ha radicado el valor de nuestro encuentro. Recuerdo –bajo este marco- una esquina de Bellavista -para un emblemático 08 de marzo convocado por ALOF- en donde armamos resistencia callejera. Las dos acechando a quienes pasaban con nuestros cuerpos para odiar, agujereando la boquita en O de los automovilistas. En ese acto de provocación entrecruzábamos diferencias y cual estrategias las poníamos a disposición de nuestra lucha, una como plataforma de la otra, ambas entretejidas. Así -aquella noche- nuestras diferencias movilizaban nuevos movimientos en el que se iría inscribiendo nuestro particular manifiesto de liberación.

En ese tiempo percibíamos nuestras diferencias. Estas que se levantaban entre yo y las travestis, las indígenas y mis compañeras lesbianas, se transformaron en una individual práctica sinestésica de transformación política. La Claudia –poeta maldita- y muchas otras travestis fueron vitales: la Ámbar asesinada por compañeras de calle; Alejandra González, elegida y reelegida como concejal de una zona rural nos guste o no ese espacio de negociación; Michelle Clementi -por ahí en los 2000- cagando en una gala LTGBI como acto de repudio a la verticalidad gay; el impresionante liderazgo callejero de Alejandra Soto parando peleas entre travestis ¡de una!; todas las asesinadas de manera irreproducible -por lo doloroso- que compilé para algunos informes de Derechos Humanos ... En fin...vuelvo al punto...En el reconocimiento de las diferencias entre

esas travestis, entre la Claudia y yo, ¡entre todas las personas! YO visualicé –podemos visualizar- los límites de mi lucha, de nuestras luchas y ampliarlas radicalmente.

Es allí en el desborde de esos límites en donde la diferencia contenida en su obra nos impulsa a la transformación de la cultura. En esto que digo se basa la belleza de su escritura, porque SÍ, su obra se basa en la belleza y no en la norma del arte, porque en su obra ella misma y sus múltiples antiheroínas se hacen carne para que las podamos ver, para que constatemos lo diferentes que somos, para que observemos nuestros propios fracasos. La belleza de su escritura es también su política radical, su belleza es su lucha y su lucha está contenida en su obra. Esta que presenta hoy y que ha sido construida en medio del riesgo a perder su vida y esto lo repito, porque Claudia nos recuerda que ha sido odiada –que lo sigue siendo- y que esa es su razón para escribir. La Claudia, por eso, y volviendo al inicio no es simpática, ni amorosa la Claudia no es un souvenir cultural identitario. Ella es maldita. La Claudia escupe la hermosura que construyó la muerte de tantas travestis *“que no alcanzaron a saber que estaban vivas, por la culpa y la vergüenza de no ser cuerpos para ser amados y murieron jóvenes antes de ser felices. Murieron sin haber escrito ni una carta de amor”*.

Desde su diferencia -asida a la tradición feminista como decía en algunos comentarios sobre Dramas Pobres- confronta la cultura, denunciando al sistema de opresión patriarcal en cada página, en cada línea. El trabajo de mi compañera Claudia Rodríguez -para finalizar- se alza como una estrategia política de resistencia implicada con un proceso de legitimación de la subversión de su cuerpo para odiar, de nuestros cuerpos para odiar. Esto ¡porque ella es maldita, no es simpática, ni amorosa! Su cuerpo alude de manera permanente -al menos para mí y en este momento- a la relación entre: 1.- La política (la “institucionalidad” que construyamos y que socave los furcios de la máquina de la Igualdad), 2.- Lo político (las demandas que nos movilizan y las diferencias que nos IMPLICAN) y 3.- La vida; nuestras múltiples y complejas vidas.

Claudia, con Amor para ti. Enero 23/ 2014

Quien escribe –Toli Hernández- es activista lesbiana feminista. Hace parte de las colectivas RELEFAS de lesbianas feministas, y Cuerpo Abierto.

